

# LA VIDA RELIGIOSA EN EL FUTURO

*Sandra M. Schneiders, IHM*

## **I. INTRODUCCIÓN**

### **A. Enmarcando el asunto**

Mi tarea, hablar del futuro de la vida religiosa, es tanto la mejor como la peor de las tareas.

Es la mejor porque nadie puede probar que me equivoque en el presente. Es la peor porque nadie puede especular libremente qué significa “el futuro” en nuestro mundo multi-cultural, pluralista, globalizado, amenazado nuclearmente, comprometido en cuanto al ambiente postmoderno, y que cambia caleidoscópicamente a una velocidad vertiginosa. En resumen, es imposible cualquier intento de describir el futuro para aventurar alguna clase de predicción aceptable. De modo que, en lugar de hablar del futuro de la Vida Religiosa, hablaré de la Vida Religiosa en el futuro, cualquiera que sea ese futuro.

La pregunta que me hago, en otras palabras, no es empírica sobre lo que será, sino imaginaria sobre lo que puede ser. ¿Qué comprensión de esta vida puede ser humanamente significativa y evangélicamente efectiva sin importar lo que nos brinde el futuro a nosotros, a la Iglesia, y al mundo? Voy a proponer una estructura imaginaria de la Vida Religiosa que asume que, no importa cuándo y dónde se viva, debe estar basada en el Evangelio, y ser capaz de ser vivida simultáneamente y en forma diversa de acuerdo a los contextos culturales, sociales y eclesiales que la afectan profundamente y son afectados por ella.

### **B. Mi hipótesis**

La hipótesis que voy a ofrecer se basa en dos suposiciones. Por un lado, la Vida Religiosa es profundamente cristiana, por ej., los religiosos comparten la identidad y misión de todos los bautizados con quienes se relacionan como iguales. Por otro lado, la Vida Religiosa es una forma de vida característica en la Iglesia, un estado de vida que se puede reconocer e identificar por su contribución específica a la vida y misión de la Iglesia. A modo de prolepsis, quiero sugerir que la Vida Religiosa es un estilo de vida alternativo en la Iglesia. Los religiosos, por los votos que profesan y viven, crean un “mundo” alternativo en medio de este mundo, el secular. Los religiosos no sólo intentan vivir en forma diferente en el mundo, lo cual deben hacer todos los cristianos, sino crean un mundo diferente que pueda ofrecer un testimonio profético, en y a veces contra el mundo e incluso la Iglesia institucional. Al final haré una conexión entre esta hipótesis y todo el tema de la marginalidad redentora, evocada por el ícono de la Samaritana en Juan 4 y el Samaritano en Lucas 10.

### **C. Presupuestos**

Tres presupuestos forman esta hipótesis. El primero se refiere al significado del término “mundo”, un concepto que debe ser cuidadosamente analizado hoy, no sea que los

cristianos sigan con sus políticas de dominio y explotación de la naturaleza y la rechacen en nombre de la religión. Tal vez el mejor texto del Nuevo Testamento, para una teología matizada del mundo, sea el Evangelio de Juan que usa el término con más frecuencia que el resto del Nuevo Testamento en conjunto. Se pueden distinguir cuatro acepciones de *kosmos* en el Evangelio. Primero, mundo puede significar toda la creación, que el Evangelio de Juan, haciendo eco del primer capítulo del Génesis, declara que surgió a la vida por la Palabra de Dios (Jn 1,9-11), y que Dios Creador lo declaró muy bueno (Gen. 1,31). Segundo, la palabra se puede entender como escenario de la historia humana. Jesús habló de su propia venida al mundo como luz para salvar a todos (Jn 12,46) y rezó en la última cena no para que Dios sacara a los discípulos del mundo, es decir, fuera de la historia humana, sino para que los preservara del mal al vivir y actuar en el mundo. (Jn 17,15). Tercero, el mundo es la raza humana en su totalidad. Dios “amó tanto al mundo” que le dio a su único Hijo para que todo el que crea en él tenga la vida eterna (Jn 3,16). Estos tres significados de “mundo” son esencialmente positivos. El mundo creado por Dios, especialmente la raza humana en su trayectoria y en la creación de la historia, es la obra de Dios, redimida por Cristo y destinada a la gloria.

Pero la cuarta acepción de “mundo”, usada con mucha más frecuencia en el cuarto Evangelio que en los tres anteriores, es claramente negativa. Jesús se refiere al mundo como sinónimo de mal, que está en las garras de Satanás (Jn 13,27), el demonio, el “Príncipe de este mundo”. Ni Jesús ni sus discípulos pertenecen a este mundo del mal (Jn 17,16). Los esbirros del Malo los perseguirán y los matarán, pero deben tener confianza porque Jesús ha vencido al mundo (Jn 16,33). El Príncipe de este mundo no tiene poder alguno sobre Jesús (Jn 14,30) y será finalmente juzgado (Jn 16,11). Pero hasta la consumación del tiempo, continuará la lucha entre el mundo malo y su Gobernador.

Entonces, el mundo malo no es un lugar ni un grupo de personas; es una estructura de la realidad de acuerdo a los principios o las coordenadas que son los polos opuestos a los valores centrales del Evangelio. Estas estructuras opuestas de la realidad, el Reino de Dios y el Reino de Satanás, se producen por las opciones morales de los seres humanos bajo la influencia del Espíritu de Dios o del Demonio y se expresan no sólo en la conducta personal de los individuos, sino en las instituciones políticas, económicas, sociales, culturales y religiosas de la sociedad. El proyecto evangélico de la propia trascendencia hacia Dios en Cristo por la salvación del mundo, se opone directamente a las dinámicas inclusivas y divisivas de opresión y dominio inspiradas por Satanás. Todos los cristianos son llamados en el bautismo a renunciar a “Satanás y a todas sus obras”, para desligarse de la estructura de la realidad del Maligno. Pero algunos cristianos, a saber, religiosos, encarnan esta renuncia al mundo de forma particular que discutiremos brevemente como la creación del mundo alternativo generado por la profesión de los votos.

Mi segundo presupuesto es que el fundamento del desafío cristiano a la estructura maligna de Satanás, al mundo negativo, es la Resurrección de Jesús, donde se realiza la victoria de Dios sobre Satanás en la persona del crucificado y resucitado. Su misterio Pascual es el principio de la actividad cristiana. Establece definitivamente que la vida eterna llega con la muerte, no con la muerte que es un proceso biológico, sino la que resulta del rechazo a integrar la propia vida en la estructura de la realidad de Satanás. Los seguidores de Jesús quieren arriesgar y aceptar la muerte en su esfuerzo por hacer

realidad el Reino de Dios en este mundo, hasta que se cumpla la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo, hasta que toda la creación, y especialmente los seres humanos, puedan experimentar el infinito *shalom* de Dios. La lucha entre el Príncipe de este Mundo y el verdadero Príncipe de la Paz será ganada por los seguidores de Jesús en colaboración con todos pueblos de buena voluntad. Los diferentes miembros de Jesús glorioso participarán en esta lucha en diversas formas. Para nosotros el asunto es, ¿cuál es la forma distintiva de los religiosos para participar en esta empresa?

Esto nos lleva al tercer presupuesto, es decir, que los religiosos participan en la lucha por el Reino de Dios creando, viviendo y trabajando desde un mundo alternativo. De nuevo, “mundo” no es el universo natural, un lugar geográfico, o un grupo de personas. “Mundo” es una estructura de la realidad. Cuando decimos algo como “se me desmoronó el mundo cuando murió mi madre”, o “no sé de dónde viene”, usamos una metáfora material o espacial para referirnos a una estructura compleja de la realidad dentro de la cual coordinamos pensamientos, sentimientos, opciones, acciones. Específicamente la estructura imaginaria de la realidad, “el mundo”, es en primer lugar cierta forma de comprender, organizar y actuar dentro y sobre las coordenadas básicas de toda vida humana: bienes materiales, poder y sexualidad. Los bienes materiales con que nos relacionamos en términos de posesión, el poder que ejercemos a través de la libertad, y la sexualidad que construimos y expresamos por las relaciones, son la materia prima que los humanos modelan en el “mundo”, ya sea para el Reino de Dios o el de Satanás, mientras forjan sus destinos, personales y de grupo, en la historia.

Esta característica de la Vida Religiosa como forma de vida surge del compromiso público, duradero, de los miembros como individuos y como comunidad, a un acercamiento característico a los bienes materiales, poder y sexualidad que crean una realización particular concreta del Reino de Dios, en un día de 24 horas y en una base de siete días. A causa de sobreponerse y entretorse el Reino de Dios con el de Satanás en toda experiencia humana, los religiosos, para asumir un modelo de vida en que no debe haber excepciones a la dinámica de la vida del Evangelio, ni compromiso con la dinámica del mundo del mal, construyen de hecho una alternativa a la vida en este mundo, en el *saeculum*. Necesitamos reconocer el carácter utópico de este proyecto, que es particularmente desafiante en el contexto postmoderno por la sospecha de todos los proyectos unitarios y metanarrativos.

Antes de la renovación inaugurada por el Vaticano II los religiosos trataban de manejar a menudo el ambiente ambiguo en que se entrelazan íntimamente el Reino de Dios y el de Satanás, con la separación física de la gente y de los procesos que rodeaban sus conventos y monasterios. Pero cuando se derrumbó este modelo de “institución total” de la Vida Religiosa, como tenía que ser, a favor del involucrarse completamente en la empresa humana que el Concilio reconoció como la vocación de la Iglesia y por tanto de los religiosos, toda la seriedad, alcance, y dificultad de la Vida Religiosa como forma de vida alternativa, se ha hecho más claro. Como este proyecto ya no está protegido por un aislamiento físico y social, ni legitimado por un rechazo total –si no condena– como “mundano” todo lo que sea exterior a la Vida Religiosa, los religiosos se ven ante el desafío de rearticular la naturaleza de su riesgo, y de comprometerse explícitamente a perseguirlo en el mismo centro de su situación ambigua, en la historia humana, en las culturas y en las posturas sociales que a la larga se estructuran por dinámicas satánicas de explotación sexual, dominio político, y opresión económica, encerradas en una lucha

mortal con iniciativas religiosas o no-religiosas, que promueven las rectas relaciones entre todas las criaturas de Dios.

Los religiosos construyen su mundo alternativo por la profesión de los votos. Éste es el acto solemne y público por el que los individuos integran su vida a una estructura de la realidad que ha comenzado con la visión carismática del fundador o fundadora y ha sido vivido en realidad por generaciones de religiosos en una comunidad particular. Por su vivencia personal y de grupo de los votos crean un estilo de vida distinto y característico por el que participan en la misión de la Iglesia de ser testigos de y llevar a cabo el Reino de Dios en el mundo.

Por eso es crucial rescatar la comprensión de la Profesión de los votos del marco casi exclusivamente jurídico en que han sido encerrados, especialmente desde la revisión del Código de Derecho Canónico en 1917. La profesión se veía como el compromiso por voto de obligaciones supererogatorias estrechamente definidas. En realidad, la profesión es un compromiso global, una orientación de toda la persona, vida e historia hacia la realización del Reino de Dios, por medios particulares. Es una especificación de las promesas del bautismo que valerosamente tiene una finalidad abierta, no sólo una restricción sobre conductas específicas. Los votos que hacen las congregaciones, cualesquiera que sean, son metáforas globales basadas en el Evangelio por la postura que toman los religiosos hacia las coordenadas fundamentales de la existencia humana, bienes materiales, sexualidad y poder. A través de estas metáforas es como imaginamos y estructuramos la parábola viviente de la Vida Religiosa como mundo alternativo. Como las parábolas de Jesús, los votos no sólo describen, sino que generan narrativamente un mundo distinto, no sólo una forma diversa de vivir en este mundo. El mundo de las parábolas de Jesús, el Reino de Dios que presenta, es un mundo de perdón sin fin, de abundante refresco en la fiesta de las bodas de la vida eterna donde los últimos son primeros y se incluyen los marginados, con igualdad y dignidad para todos. En lo que sigue, breve e inadecuadamente voy a explorar cómo los Religiosos, por dos de los votos, pobreza y obediencia, tratan de contar esta historia en la realidad, para generar este mundo alternativo y ofrecer un futuro lleno de esperanza, al mundo en que viven en y a través de la Iglesia como posibilidad real. El tiempo no me permitirá tratar el voto del celibato consagrado (lo he tratado ampliamente en otra instancia) pero espero que la consideración de estos dos pueda encender la creatividad para continuar el proceso imaginativo en la discusión.

## **II. POBREZA EVANGÉLICA: LA ECONOMÍA DEL REINO DE DIOS.**

La pobreza es el núcleo de muchas ambigüedades y culpas entre los religiosos. A menudo nos sentimos incómodos, aún hipócritas, cuando disfrutamos de un bienestar material adecuado en un mundo de necesidades extensas y aún de indigencia. Tal vez este mal es una invitación del Espíritu para experimentar más profundamente el significado de la pobreza que prometemos.

La pobreza se refiere, primero y fundamentalmente, a los bienes materiales, los recursos sin los cuales no podemos vivir en absoluto, mucho menos vivir bien. Por eso, tendemos a pensar naturalmente en la pobreza, en términos cuantitativos. ¿Cuánta pobreza o influencia económica debemos tener, individualmente y como grupo? ¿Con qué molde

debemos medir las posesiones? Sugiero que se ponga menos el enfoque en la cantidad de bienes con que contamos, algo que varía necesariamente en gran escala de una situación a otra, y más en el sistema económico en el cual y de acuerdo al cual tratamos los bienes materiales. Y el modelo para elegir libremente la pobreza evangélica, que es muy otra cosa que la privación no elegida, se debería derivar no de una comparación de nuestro *standard* de vida con el de cualquiera otra clase económica, sino con el Evangelio. Este dice mucho sobre los bienes materiales, de nuestra actitud y conducta en relación a ellos, y de la clase de mundo que generan tales actitudes y conductas. Pero no dice nada de la privación que se busca activamente, mucho menos de la indigencia o de comparar *standards* de vida. Esto nos puede sugerir dónde necesitamos concentrar la atención.

Permítanme desviarme por un momento a las ideas de un crítico de la cultura americana, Lewis Hyde, cuyo libro re-editado a menudo, *El Don*, es una reflexión profunda sobre el tema. Hyde, sondeando bajo la tipología superficial de las economías como el tráfico industrial y tecnológico, etc., propone que hay dos tipos esenciales de economía, dos formas de organizar el uso de los bienes materiales en la sociedad, es decir, economías de la conveniencia y economías regaladas.

En una economía de la conveniencia los bienes se ven como objetos de propiedad y la actividad económica primaria es la adquisición. El objeto de la conducta económica es sacar lo más posible de la circulación los bienes disponibles para la propiedad privada. El status social y el poder crecen para quien posee más, y como los bienes materiales son intrínsecamente limitados, lo que tiene una persona no puede tenerlo la otra. En una economía tal, el deseo de tener más de lo que uno realmente necesita, ahorrando para posibles futuras necesidades, exhibiendo las propias posesiones, compitiendo por los bienes percibidos siempre como escasos, simplemente porque son limitados, son considerados como una conducta natural necesaria para sobrevivir. En otras palabras, la avaricia, la ambición, el acaparar, el consumo visible, el conflicto, aún la defensa de los propios bienes a expensas de la vida del prójimo si es necesario, son virtudes en una economía de la conveniencia.

Por contraste, en una economía gratuita, que caracteriza a muchas sociedades principales y aún a muchas comunidades tribales, los bienes materiales son considerados ante todo como lo que hemos recibido –de Dios, de la naturaleza, la familia, la comunidad– y por eso como lo que, a su vez, podemos dar a los demás. La actividad económica primaria es mantener los bienes en circulación, contribuyendo al bienestar de la comunidad a través del propio trabajo, el uso de los propios talentos, el compartir las posesiones materiales. La pertenencia es relativa a las necesidades ajenas y nadie posee lo que todos necesitan como la tierra, agua, alimento y aire. El status más alto en una economía donada aumenta para quien contribuye más. La pobreza real no consiste en no tener nada, sino en no tener nada que dar. La escasez puede ser a veces una preocupación de la comunidad, pero no es una desgracia personal. La ambición y el acaparar, incluso rehusando compartir lo que uno de hecho necesita, en especial cuando los otros miembros de la comunidad están necesitados, es deshonesto e innoble. El consumo evidente es vulgar. La irresponsabilidad o el rechazo a trabajar es vergonzoso. Las virtudes que se admiran en una economía donada son la generosidad, el compartir, el trabajo, la responsabilidad, la sencillez, la compasión por los menos afortunados.

No hace falta decir que estas economías no son moralmente equitativas. Desde el punto de vista cristiano, una está claramente marcada por el sello del Maligno, es decir, la división; la otra aporta un substrato fértil para los valores del Evangelio, de las rectas relaciones de la comunidad que comparte la vida. Con esta base, volvamos a la consideración de la pobreza evangélica que los religiosos prometen y por la que construyen y viven en un mundo alternativo del Reino de Dios.

En la historia bíblica del hombre rico (Mc 10,17-22 y paralelos) que pregunta a Jesús qué debe hacer para heredar la vida eterna, Jesús le dice que todos son llamados a obedecer los mandamientos. Pero cuando el hombre insiste, Jesús le dice que le falta una cosa. Debe despojarse completamente y unirse al grupo itinerante de los discípulos que siguen a Jesús, que no tiene hogar. Noten que Jesús no dice que debe hacerse menesteroso y morir de hambre, quedarse a la intemperie o exponerse a la enfermedad. Tampoco está proponiendo al hombre un ideal ascético. Jesús lo invita a unirse a la comunidad de los discípulos que individualmente no tienen posesiones y viven sencillamente, compartiendo un monedero común y aceptando la generosidad de otros, incluso cuando los sirven libremente con la predicación del Evangelio de palabra y de hecho.

Poco antes que los religiosos hagan el voto de pobreza, deben ceder la administración de todo lo que tienen [patrimonio], y renunciar a la posesión de todo lo que puedan adquirir por su trabajo, o como obsequio. Incluso si su patrimonio es aún legalmente poseído por ellos, los religiosos renuncian a todos los derechos de propiedad sobre ellos, al “uso y usufructo” de la propiedad, como también al control independiente de todo lo que él o ella puedan adquirir en el futuro. En otras palabras, el religioso se hace funcionalmente desposeído, totalmente interdependiente económicamente dentro de la comunidad. Si todos los miembros de la comunidad viven el voto en serio, están creando y viviendo en una economía radicalmente gratuita. Todas las cosas usadas por cualquier miembro son de uso común, por ej., todos ponen todo en un fondo común, y de ahí todos reciben de acuerdo a sus necesidades. Han aceptado la condición que el joven rico rechazó porque “tenía muchas posesiones”. No era una dificultad u obstáculo ante el cual vaciló, después de todo había cumplido todos los mandamientos “desde su juventud”. Lo que no pudo asumir fue quedarse sin sus posesiones personales, individuales. El grupo de discípulos itinerantes de Jesús vivían en una comunidad de dones, de sencillez compartida, donde no caben las conveniencias privadas. Empezar esta clase de vida económica para los modernos es crear un mundo de economía alternativa en el contexto de la globalización del mercado capitalista.

Otra historia del Evangelio, la parábola de los jornaleros de la hora undécima (Mt 20,1-16), ilustra un segundo factor económico del mundo alternativo que los religiosos crean. El dueño de la viña, claramente personifica a Dios, emplea a una serie de trabajadores comenzando por contratar el turno temprano de la mañana y terminando con el grupo contratado una hora antes del cierre. Está de acuerdo en pagar a cada uno lo justo y al final de la jornada paga lo mismo asegurándose de que los primeros vean lo que reciben los obreros de las 5.00 p.m. Ellos le objetan indignados. ¿No deben recibir más los trabajadores que han trabajado más y por más tiempo que los que han trabajado menos? ¿Los salarios no deben ser proporcionales a la tarea hecha?

La figura de Dios, sin embargo, insiste en estar obrando de acuerdo a un sistema económico diferente. ¡Nadie ganó nada; todo es don! La fuente de la que cada cual

recibió es la divina generosidad, no el esfuerzo personal. El dueño de la viña preguntó: “¿Tienen Uds. envidia porque yo soy generoso?” Todo lo que tenemos lo recibimos gratuitamente de la largueza de Dios. Sin nuestro propio ser, energía y talentos, y el “empleo” de Dios, no podemos hacer nada por nosotros mismos. Nuestro sistema para adquirir ganancias es un arreglo humano y provisional en una economía de conveniencia. No expresa nuestra verdadera relación con los bienes materiales, que siempre son don de Dios para nosotros y los nuestros para cada uno.

Pero aún más significativa es la escala de pagos del dueño de la viña. Está de acuerdo en dar a cada obrero “lo justo” y eso es “el jornal del día”, en otras palabras, lo que uno necesita para vivir. La necesidad resuelta con “el jornal del día” varía enormemente entre los individuos y es condicionada culturalmente. Pero en cualquier contexto, los que pueden trabajar más no necesitan más que los recursos necesarios para su vida y misión. Y los incapacitados no requieren necesariamente menos para vivir; en efecto, pueden necesitar más. Todos deben contribuir con lo que puedan a la empresa común y recibir lo que necesitan. El dueño de la viña no quiere a nadie ocioso, parado por ahí. Pero el derecho a la vida y a los recursos necesarios para mantenerla no surge de lo que hacen. Más bien, el trabajo es la sobreabundancia de la vida mantenida al nivel adecuado. Esta desconexión del trabajo y del derecho a los recursos que sostienen la vida es una subversión fundamental de nuestra ilusión humana de que “nos mantenemos solos” por el trabajo y su conclusión lógica de que los menos capacitados merecen sufrir carencias. Jesús dice que todos deben contribuir según sean capaces, pero que todos deben recibir lo necesario para vivir.

Este es el acceso al trabajo en una empresa compartida en misión que caracteriza a una comunidad religiosa que toma en serio su vida económica común. Cada religioso debe trabajar tanto y tan bien como sea capaz. Por eso, los religiosos no “se retiran” del apostolado a cierta edad para vivir en la ociosidad de las rentas que han acumulado con sus ganancias. No se han hecho ricos trabajando y ahorrando. Los religiosos no se ganan la vida personalmente, sino que actúan y reciben la compensación como agentes de su congregación. Pero cuando, por la edad o enfermedad, ya no pueden soportar “el peso del calor del día”, siguen trabajando de cualquiera forma que puedan y reciben “el pago del día” en la comunidad lo mismo que hicieron al comienzo de su vida apostólica. En otros términos, en una economía del don, especialmente la versión radical de tal economía que implica la completa falta de posesiones y la total interdependencia, todas las cosas se ponen y se manejan en común, todo trabajo, tanto como pueden y son capaces, está sostenido y cuidado de acuerdo a la necesidad. No hay clase social basada en lo económico, no hay status, poder o influencia proveniente de una riqueza superior, no hay dependencia ni vergüenza vinculada a la pobreza, no hay miseria mientras haya recursos que compartir. La economía del don es la base material para la comunidad radicalmente igualitaria de los discípulos que Jesús ha fundado.

Tal comunidad no sólo promueve las rectas relaciones de los miembros con Dios (es decir, una pobreza de espíritu gozosa que se expresa en la dependencia de la divina providencia y en la apertura a los demás) y mutuamente (o sea, una vida comunitaria genuina de amistad evangélica entre iguales), sino que también capacita a la comunidad libre y generosamente para su misión, no como un servicio pagado a proveedores en una economía de consumo, sino como hermanos y hermanas hacia sus semejantes en necesidad. Las congregaciones religiosas han elegido tradicionalmente ministerios para quienes están sub-atendidos precisamente porque no pueden pagar o pagar bien los

servicios que necesitan. Los religiosos pueden afrontar servir a los necesitados porque no están tratando de hacerse ricos con su trabajo. Así, aquellos a quienes sirven, no se sienten explotados por un lado o humillados y patrocinados por otro, por los religiosos que los atienden en nombre de la divina compasión. Los necesitados de cuerpo, mente y espíritu no son mendigos sino hermanos y hermanas, primero de Jesús, y luego de todos los que los sirven en su nombre. Los salarios de los religiosos cuyos ministerios son bien pagados, el progreso de inversiones prudentes, los obsequios de donantes generosos, pueden ayudar a mantener los ministerios que no se financian solos. Sin embargo, es fácil para una congregación verse atrapada en la dinámica de la cultura de la conveniencia y pierde de vista la diferencia real, en verdad radical entre apostolado y empleo lucrativo, incluso cuando ambos coinciden. Más aún, los religiosos pueden ser elegidos sumariamente para programas eclesiásticos que son extraños a su propia identidad carismática y se convierten en un equipo de trabajo barato antes que agentes ministeriales de la congregación autónoma. Pero no hace falta que pase esto si la comunidad reflexiona sobre sus opciones y decisiones ministeriales y comprende la singularidad de la economía creada por la profesión de la pobreza evangélica y su relación con el apostolado.

Finalmente, la auténtica vida de una economía del don en medio de la economía de la conveniencia puede ofrecer un testimonio profético que desafía las convicciones fundacionales del capitalismo moderno como Jesús desafió al joven rico y a los asalariados de su audiencia. Dice muy claramente y en forma que la simple imitación del pobre o la visible práctica de la carencia no puede expresar, que la riqueza material no es el valor primordial en la vida, que toda posesión es provisoria y condicional, que toda la gente tiene derecho a lo que necesita, que la ambición y el ansia de acumular y el evidente consumo no son virtudes sino vicios, y que la violencia con las personas en defensa de la propiedad nunca es justificada. Si la pobreza que los religiosos prometen fuera vivida seria y consistentemente por cada miembro de la congregación, no importa cuándo o dónde se encuentre la congregación, ahora o en el futuro, su espiritualidad, su vida comunitaria, su apostolado, y su testimonio desafiarían efectivamente la estructura del mundo del Maligno con la visión del Reino de Dios del Evangelio.

### **III. LA OBEDIENCIA PROFÉTICA: LA POLÍTICA DEL REINO DE DIOS**

Ahora, necesariamente en forma más breve, vuelvo al segundo voto, el de obediencia, por el cual los religiosos construyen el mundo alternativo que deja al descubierto y desafía el reino de Satanás. Este voto necesita una re-interpretación completa hoy, porque el solo concepto de obediencia ha sido seriamente deformado y contaminado con las políticas de violencia y el dominio coercitivo del mundo. Aunque el trato adecuado de la obediencia requiere una amplia discusión de los significados de las categorías correlativas de libertad y autoridad, no podemos abarcar estos tópicos aquí. Por eso, enfoquemos el tema sobre la contribución de la obediencia profética a la organización política de la comunidad religiosa, entendida como realización particular del mundo alternativo del Reino de Dios.

Como la pobreza se refiere a los bienes materiales y por eso al orden económico, así la obediencia se refiere al poder y por ende también al orden político. Como en la pobreza no se trata de renunciar a los bienes materiales sino a establecer una relación evangélica



con ellos, es decir, la carencia de posesiones que ayuda a constituir un mundo alternativo de la economía del don, así la obediencia no es renunciar al poder sino desarrollar un ejercicio profético del poder como libertad genuina que hará de la vida y la misión de la comunidad religiosa un mundo político alternativo, o sea un discipulado de iguales en la comunidad y misión. Nuestra pregunta es, ¿cómo se ve el Reino de Dios, políticamente?

A pesar del hecho de que la Vida Religiosa, a través de casi toda su historia, se ha organizado y funcionado a imitación de los modelos políticos seculares disponibles, en especial los del imperio y el derecho divino de la monarquía, y hoy, en alguna medida en algunos países de cuasi-democracia, uno de los hechos sorprendentes sobre la Vida Religiosa es que no es una sociedad natural y, por eso, organizarla políticamente de acuerdo a tales modelos hace violencia a su mismo ser. El supuesto de todas las formas de organización política jerárquica, en especial las que creen sostenerse sobre desigualdades ontológicas, exigen que algunas, como la realeza, los blancos, varones, clérigos, pueblos libres, etc., gobiernen a los demás, a los plebeyos, gente de color, mujeres y niños, los no-ordenados, esclavos, etc., por necesidad y por decreto divino. Pero las desigualdades ontológicas que se suponen que crean la jerarquía y sus expresiones gubernamentales en las sociedades seculares, y aun en las eclesiásticas, de hecho no existen en la comunidad religiosa. Ni es la clase de igualdad que subraya la noción democrática de las reglas de la mayoría establecidas por “una persona-un voto” que se verifica en la comunidad religiosa. En otras palabras, la comunidad religiosa, por su misma naturaleza no es jerárquica ni democrática.

La Vida Religiosa no es una sociedad natural sino voluntaria. Primero, en una comunidad religiosa no hay niños sobre quienes los padres tienen una relación jerárquica de autoridad, tal vez la única genuina (aunque pasajera). Cada uno entra a la Vida Religiosa como adulto libre. Segundo, las comunidades religiosas son generalmente sociedades del mismo sexo, de modo que falazmente la jerarquía afirmada del varón sobre la mujer no es operativa. Tercero, el voto de pobreza suprime las clases, la jerarquía basada en la riqueza material. Cuarto, los religiosos dejan su familia de origen, así que la nobleza o su carencia se hace irrelevante, incluso hasta el punto de suprimir el apellido, en tiempos pasados. Finalmente, nadie ha nacido en la Vida Religiosa y nadie está obligado a entrar para lograr la salvación o santificación, por lo cual la comunidad no tiene derecho a retener a ninguno de sus miembros. La comunidad religiosa, es una sociedad formada por iguales, adultos libres que eligen reunirse, no en primer lugar para una relación mutua (como en el matrimonio), ni para hacer algo juntos (como en una empresa comercial), sino porque su amor a Cristo y el deseo de vivir el Evangelio de forma particular, los reúne para la consecución de ese ideal. La relación mutua de los miembros de la comunidad y los apostolados que emprenden juntos fluyen de este compromiso particular con Cristo en respuesta a la vocación personal sobre la cual nadie tiene control.

Pero los horrores del holocausto conseguidos en obediencia ciega a la autoridad estatal, y el análisis feminista de la jerarquía como un sistema fundamentalmente disfuncional de dominio basado en dualismos dicotómicos, han iluminado nuestra reflexión sobre qué clase de sociedad, qué clase de orden político propone el Evangelio como desafío para imaginar y efectuar, como cristianos. La comunidad de discípulos que Jesús reunió a su alrededor no fue una versión revisada ni del establecimiento religioso del Judaísmo institucional, ni del Imperio Romano. Fue algo radicalmente nuevo, un parentesco de fe,

no de sangre (Lc 11,27-28), en que no debe haber padres (Mt 23,8-10) y todos los que escuchan y hacen la voluntad de Dios son hermanos, hermanas y madres de Jesús (Mc 3,3-35). Es una comunidad de creyentes en la que no debe haber rabinos o maestros que atan cargas imposibles sobre el pueblo, porque todos son discípulos del único maestro, Cristo (Mt 23 6-11). Debe haber una entidad política en que no haya gobernantes dominando a otros y llamándose benefactores (Mt 20,24-28) porque todos están llamados al servicio mutuo a imitación de Jesús que entregó su vida por ellos. Jesús estableció categóricamente que el dominio de los poderosos es un sistema del mundo y “Yo no estoy así entre Uds.” (Mt 20,26; Mc 10,43). De acuerdo a la frase afortunada de Elisabeth Schüssler Fiorenza, la comunidad de Jesús es un discipulado de iguales. En la misma Iglesia institucional el desarrollo de una estructura perversamente jerárquica que recurre al uso del poder coercitivo como forma normal de control, a menudo vuelve virtualmente invisible esta versión del Evangelio de la comunidad cristiana y crea un imperativo para el testimonio profético a una nueva clase de orden político que Jesús inició, un testimonio no sólo para el mundo sino para la misma Iglesia institucional.

El asesinato de Jesús debido a la colisión del estado y el régimen religioso, testificó la naturaleza subversiva de lo que él propuso y del acuerdo fundamental sobre el poder de las dos instituciones. La visión de Jesús acerca de las relaciones entre sus seguidores trastorna los sistemas políticos, sean religiosos o seculares, que actúan por medio de la coerción de los privados de poder, por los poderosos. Si la Vida Religiosa ha tomado en serio su propia constitución como una sociedad meramente voluntaria de los que oyen la palabra de Dios y la cumplen, como un discipulado de iguales unidos en un servicio mutuo, podría llegar a constituir el mundo político alternativo para las estructuras de poder de este mundo, que anunciaría tanto al poder secular como al eclesiástico, la posibilidad de una comunidad verdaderamente no jerárquica de hermanas y hermanos congregados alrededor de Jesús, la víctima resucitada.

En la sociedad secular, en la Iglesia institucional, y a menudo en la Vida Religiosa, el recurso para las estructuras políticas del mundo de la jerarquía y la coerción se basa en un temor a cualquier otro orden político que pueda inevitablemente degenerar en una guerra caótica contra todos en busca de ventajas personales. Sólo la estructura jerárquica, donde los poderosos, alegando que hablan por Dios, se adjudican el control para sí mismos y sus reemplazantes, puede prevenir tal catástrofe. Este no es un temor a fantasmas, sino un consejo de la desesperación que anula la esperanza de la resurrección. En verdad la naturaleza humana está deformada y tiende a la violencia por lo que la tradición llama el Pecado Original, es decir, la influencia del Maligno, el Príncipe de este Mundo. Incluso durante su vida, Jesús tuvo que intervenir en la dinámica del poder entre sus discípulos que trataban de conseguir poder y prestigio sobre los demás y de controlar la relación de los demás con él. Pero Jesús no aceptaba esas dinámicas del poder como inevitables o invencibles. Rechazó asignar puestos de preferencia en su Reino (Mt 20,20-28 y paralelos), mandar a un discípulo a reestructurar el discipulado de acuerdo al parámetro elegido por otro (Lc 10,38-42), rechazar a los niños (Mc 10,13-14 y paralelos) o a las mujeres o a los samaritanos o paganos, o los enfermos e incapacitados como inferiores; cerrar su discipulado inclusivo a la sociedad (Lc 19,1-10) o los desheredados de la institución religiosa (Lc 7,36-50), o dejar que los discípulos hicieran llover fuego sobre quienes no estaban autorizados para predicar (Lc 9,51-57). Jesús insistía en que los primeros debían ser los últimos y los últimos, los primeros, exigía que los discípulos fueran siervos de todos. Hasta su último suspiro, Jesús siguió aceptando a los condenados como sus semejantes en el Reino del

que él llamaba su “padre”, rehusó desquitarse de sus perseguidores, o condenar a los impenitentes (Lc 23,32-43). No ejerció el poder ni la coerción. Pero Jesús no fue ingenuo. No dijo que esto “funcionaría” en el sentido del mundo, del término. El estilo del mundo ha sido siempre la política del dominio. Lo que Jesús dijo es que debe ser diferente entre Uds. que son llamados juntos por quien les lavó los pies (Jn 13,1-15) y que rechazó recurrir al poder incluso para salvar su vida (Mt 26,53; Jn 18,9-11).

Obviamente, si la Vida Religiosa debe tener un estilo de vida pacífica, ordenada, y efectiva en el ministerio que sustenta el testimonio profético sobre la posibilidad de una forma alternativa de comunidad en el servicio del Evangelio, debe desarrollar criterios y procedimientos por los cuales decidir qué hacer y cómo hacerlo. La obediencia, cuya raíz etimológica es “oír”, es el principio de esta organización no jerárquica del Evangelio. Los religiosos prometen escuchar siempre primero, la voz de Dios, buscar explícitamente la voluntad de Dios en este mundo. La obediencia es un voto, no respecto a una sumisión a un control heterónomo, sino sobre escuchar la íntima voz del Único que realmente manda nuestra obediencia. La práctica de la obediencia en comunidad es la forma específica y concreta de escuchar, que caracteriza la Vida Religiosa.

En el pasado los religiosos tendían a localizar la voz de Dios exclusivamente en la Regla y en la voluntad del superior. El supuesto operaba así: tanto cuanto uno no hacía su propia voluntad, sino la de otro, estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Tanto la psicología moderna como los desastres resultantes de la obediencia ciega, hacen altamente cuestionable esta aproximación. A lo sumo tal obediencia infantiliza; y a lo peor, promueve el verdadero mal. El Vaticano II, en *Gaudium et Spes* y en *Perfectae Caritatis*, impulsa a todos los cristianos, incluso religiosos, a ampliar la visión en busca de los designios de Dios. Debemos estar atentos a “los signos de los tiempos”, una noción afortunadamente imprecisa que abarca los desarrollos históricos y culturales, los cambios sociales, los progresos científicos, y la consciencia profunda del contexto cósmico de la aventura humana. Podemos y debemos escuchar seriamente nuestra propia experiencia personal y de grupo sobre lo que motiva y lo que impide la vida en Cristo y la llegada del Reino de Dios. El Evangelio tiene que ser la norma última de toda la vida cristiana, la fuente perenne de espiritualidad, y el corazón de la reflexión teológica y la práctica eclesial. Hay que oír y seguir el carisma de los fundadores, las necesidades de la Iglesia y del mundo, los dones y las iniciativas de sus miembros, como también las constituciones y las tradiciones legítimas, y la autoridad de los líderes.

Pero cómo se debe procesar el tumulto de información que llega, antes que sea paralizada con una avalancha de datos incoherentes y polarizada por agendas numerosas y conflictivas, para que la comunidad pueda vivir pacíficamente y trabajar efectivamente. Por supuesto, la respuesta es el “discernimiento”. En lugar de evadir el trabajo difícil del discernimiento por la abdicación pasiva de la autoridad personal para gobernar, la tradición, o el superior, los religiosos deben ejercer vigorosamente el discernimiento en un ambiente de igualdad y libertad en el esfuerzo por escuchar la voz de Dios en el estrépito del mundo y aun en la suave voz que habla en la oración. Y esto es obra de toda la comunidad, no sólo de los líderes, incluso cuando los miembros tengan roles distintos en el proceso, en diferentes momentos y lugares.

A través de su larga historia, la Vida Religiosa ha desarrollado una tradición de sabiduría, guardada como reliquia en documentos fundacionales, en sanas tradiciones y costumbres, y en una experiencia valiosa, que juega un rol privilegiado en el trabajo del discernimiento. La tradición se debe desarrollar continuamente porque aun la mejor sabiduría humana, no es divina. Pero no tenemos que comenzar de cero cada vez que nos enfrentamos a las decisiones. Además, los religiosos han desarrollado formas de elegir a sus líderes, quienes, mientras están en su cargo, ejercen un rol privilegiado en relación al bien común, incluyendo la formulación de la visión y las decisiones del grupo. Los líderes y los miembros deben ser capaces de distinguir la megalomanía o las fijaciones ideológicas, como asimismo la intimidación externa, del liderazgo genuino que ayuda al bien común para tener presentes los resultados del discernimiento, sin asumir nunca la preocupación del bien común como un carisma exclusivo o la contribución de quienes están en el cargo.

Si en el pasado la obediencia ha sido entendida como sumisión o docilidad, tal vez hoy es mejor entendida como participación responsable y cooperación de todo corazón. Cooperar es trabajar juntos. La Vida Religiosa es un trabajar juntos en el Espíritu, de todos los miembros en la construcción de vida para llevar a cabo su misión. Al prometer obediencia, cada miembro se compromete a tal empresa, a tiempo y a destiempo, cuando conviene y cuando no, cuando prevalecen las propias ideas y proyectos y cuando no. Prometer obediencia es comprometerse a participar en el proceso de discernimiento y en el trabajo de sintetizar sus frutos en la vida y la misión. Estar a la mesa del discernimiento, salir de desilusiones temporales, desgana, o aun de desesperación, hablar con valor y escuchar con vulnerabilidad, acoger responsablemente las decisiones que emanan del discernimiento común y/o formulado por la legítima autoridad, es todo parte de la obediencia.

Considerar la obediencia no como una alienación de la propia libertad y responsabilidad por medio de la sumisión, sino como un ejercicio de la libertad por la participación y colaboración, es reconocer y afirmar ciertos principios que han surgido en la práctica de renovar las congregaciones inmediatamente después del concilio. Sin embargo, aunque muchas congregaciones se han movido indistintamente, en el espíritu del Concilio y del Evangelio, hacia una des-jerarquización y des-militarización de la obediencia, han fallado a veces para formular y consignar plenamente el valor evangélico real de estos principios. Esto puede provocar una incertidumbre que se ve exacerbada por el rechazo en teoría y la supresión intentada en la práctica, de esos principios en algunos círculos jerárquicos de la Iglesia institucional. Lo que estoy describiendo como una comprensión contemporánea de la obediencia que está surgiendo en congregaciones renovadas no es una rebelión contra pasadas dictaduras, ni un rechazo a la legítima autoridad. Ni es el tranquilo marchitarse de autoridad y obediencia cuando cada uno hace sus propias cosas informando al superior de sus decisiones. Las congregaciones Religiosas no han adoptado una democracia sacralizada donde uno vota (o no le interesa) y vive con la voluntad de la mayoría. Estoy hablando de una organización profética basada en el Evangelio, del ejercicio del poder en una comunidad para maximizar la libertad en el servicio de la santidad y la misión personal. Queda ofrecer una lista parcial de esos principios de obediencia con una indicación de sus raíces evangélicas y su potencial profético.

Primero, la siguiente descripción se basa en la premisa de que la Vida Religiosa es una forma de vida que reúne en una comunidad voluntaria a cristianos adultos, libres,

responsables y comprometidos que son radicalmente iguales como seres humanos y especialmente como hijos de Dios, y cuya igualdad no se anula o se ve comprometida por arreglos de un liderazgo siempre provisional que crea la comunidad para estimular su discernimiento y compromisos.

Segundo, la obediencia profética involucra un acto prodigioso de fe en el poder de la gracia que obra en las personas de buena voluntad para superar de forma continua el deseo de dominar, la búsqueda de privilegios, el recurso a la coerción que son endémicos a la situación humana aún bajo la influencia del Príncipe de este Mundo.

Tercero, afirma que la inteligencia y bondad humanas, puestas al servicio del bien común y motivadas por el apremiante amor de Cristo, pueden y quieren discernir los designios de Dios al menos hasta el punto necesario para las decisiones que se deben tomar aquí y ahora, y que la comunidad tendrá el coraje tanto de rectificar los errores como de poner por obra sus decisiones válidas.

Cuarto, tal visión de la obediencia se basa en la creencia de la inalienabilidad de la libertad, la primacía de la consciencia, la aceptación de la responsabilidad sobre sí mismo y sobre los demás, un humilde reconocimiento de las limitaciones intrínsecas de todo esfuerzo humano para conocer y actuar, y el compromiso con los procesos y resultados del discernimiento.

Finalmente, reconoce la total seriedad de hacer tal compromiso por la profesión, de prometer a perpetuidad participar activamente en esta forma evangélica de vida política como una dimensión constitutiva del propio crecimiento en Cristo y el compromiso personal por el Reino de Dios. Los Religiosos no cooperan simplemente porque no tienen nada más que hacer o por amabilidad cuando tienen tiempo o deseos de hacerlo. Por el voto, asumen todo lo que signifique participación plena en la vida y en el ministerio de la congregación. Vivir al margen de la comunidad, con la mínima participación, no es una opción legítima, sino una violación del voto de obediencia. La participación incluye la mayor cantidad de exigencias y detalles fastidiosos de rendición de cuentas financieras y apostólicas, como asimismo la inversión de tiempo y energía en cosas como trabajo de comités, consultas, capítulos, y a veces aun el intenso trabajo de oficina que se debe mantener, o emprender otro servicio de horario completo en la comunidad. Incluye a veces la tarea onerosa de trabajar con las diferencias de otros miembros y líderes. A veces se requiere una genuina negación de sí mismo por el bien común. Como la pobreza evangélica y la castidad consagrada, la obediencia profética caracteriza cada momento de cada día en la vida del religioso que hace votos; no porque uno está cumpliendo la regla o haciendo el mandato del superior a toda hora, sino porque uno vive con el oído siempre atento a la menor indicación de la voluntad de Dios y trabaja en el mundo y con el corazón siempre dispuesto a abrazar esa voluntad en la propia vida y apostolado. Mi convicción es que viviendo las políticas del Reino de Dios, la Vida Religiosa puede y quiere avanzar hacia un futuro lleno de esperanza.

#### **IV. CONCLUSIÓN**

Permítanme terminar volviendo a nuestra premisa, es decir, que los religiosos por sus votos crean un mundo alternativo que, sobre la base del Evangelio, desafía

proféticamente el poder del Príncipe de este Mundo. Este mundo alternativo no es un lugar ni un grupo de personas. En una estructura de la realidad, una forma de imaginar y manejar las coordenadas básicas de la vida humana (bienes materiales, poder, y relaciones) que expresa y fomenta los valores del Evangelio sobre el Reino de Dios. Los Religiosos no sólo crean este mundo como su propio ambiente, sino que de él se sirven en sus esfuerzos por crear un futuro diferente.

El icono de la conferencia, la Samaritana en Juan 4, y el Samaritano en Lucas 10, es un símbolo poderoso de este mundo nuevo. El Samaritanismo, una señal de identidad religioso-étnica en tiempos de Jesús, era un principio de alienación, marginalidad, exclusión, inferioridad en relación al Pueblo Elegido. Judíos y samaritanos no tenían nada en común, no usaban nada en común, no adoraban en el mismo lugar, no aceptaban el mismo canon de la Escritura. Pero en ambas ramas se trata de fronteras artificiales que se cruzan, muros de separación que se abaten, de estructuras de poder que se destruyen, privilegios que se desmantelan; de poner lo privado y exclusivo en común para construir la comunidad en el mundo.

El diálogo entre Jesús y la Samaritana parte de la petición de Jesús, del don del agua. Y cuando la mujer apela a la disposición que le prohíbe responder a su pedido, Jesús le ofrece a ella un don, la fuente que brota hasta la vida eterna. La invitación a darse mutuamente, a una economía del don más que a la posesión, conduce a una discusión sobre la base teológica de la división entre judíos y samaritanos, respecto a los orígenes patriarcales, la verdadera adoración, y la identidad del Mesías. Jesús trastorna los criterios biológicos, históricos, y aun los rituales de la verdadera religión a favor de la adoración de Dios en Espíritu y en Verdad, establece un nuevo *standard* para la inclusión. Jesús dice que todo el que cree es bienvenido en su nueva familia de fe, en un discipulado de iguales, no por su genealogía patriarcal, su ortodoxia o su ortopraxis, sus garantías sobre la Escritura, o sus tradiciones. La proclamación de Jesús, “ni en este monte ni en Jerusalén”, sino “en Espíritu y en Verdad” relativiza todas las pruebas humanas hechas en tornasol, en favor de la divina inclusividad e igualdad basada en la fe, por ej., sobre la libre recepción del don divino gratuito. Y la imagen de esta nueva distribución es un don mutuo entre el hombre y la mujer, judíos y samaritanos. En esta escena que describe la nueva distribución, no hay explotación sexual, ni dominio de parte del hombre, ni manipulación por parte de la mujer, sino un mutuo respeto entre iguales. No hay un intercambio comercial cuando Jesús gratuitamente comparte su propia identidad y dones divinos (Jn 4,26) con la mujer que libremente recibe y luego se transforma en quien a su vez comparte libremente con la gente de su pueblo lo que ha recibido (Jn 4,29). No hay ejercicio de un poder dominante entre estos dos que se relacionan como iguales discerniendo la voluntad de Dios y su obra en este mundo a través del diálogo, con apertura a una posibilidad totalmente genuina. En este pequeño lugar de Sicar, se han integrado en una nueva creación, la sexualidad, los bienes materiales y el poder. Comienza a ser efectivo un mundo nuevo en que el Príncipe de este Mundo no tiene parte.

El versículo 27 de esta perícopa revela precisamente cuán radical es la revelación de Jesús. Al volver de la ciudad, los discípulos se espantan de que Jesús esté conversando con una mujer, más aún, tal como luego se hará evidente, que la incluya en su misión. Parece que ni el discipulado ni la misión son exclusivos de los varones, ni están éstos a cargo de ello. (Jn 4,37-38). Están llamados a cosechar lo que otros han sembrado y se

han fatigado por producir, para entrar en la obra que no han originado y que no pueden controlar.

Los discípulos que vuelven también están molestos porque su rol como exclusivos proveedores para Jesús, aparentemente, ha sido usurpado por alguien [¿una mujer?] que aparentemente “le ha traído algo de comer”, sin su conocimiento o permiso (Jn 4,31-33). Pero Jesús está mirando más allá del hambre física que preocupa a los discípulos, hacia el horizonte de una distribución que él inaugura, el tiempo por el cual él está hambriento del deseo de Dios, cuando la voluntad salvífica universal de Dios se lleve a cabo bien, más allá de Israel. El Salvador del mundo (Jn4,42) ve al precursor de este nuevo día en los samaritanos, los desposeídos, que llegan hasta él por el testimonio de una mujer (Jn 4,39).

La parábola del Buen Samaritano de Lucas, trae un mensaje similar sobre las fronteras artificiales que se cruzan. Las fronteras jerárquicas de la pureza, prestigio y poder están retratadas en los dos clérigos que pasan de largo y no se fijan en el hombre asaltado al otro lado de la calle. Pero el Samaritano, él mismo un desheredado en este ambiente judío, aunque parece estar económicamente bien, se acerca con compasión, se inclina literalmente al nivel de la víctima y lo trata como un igual, un prójimo. Gratuitamente comparte con la víctima todo lo que necesita (Lc 10,33-35). Y Jesús dice que lo hace porque reconoce como prójimo al menos afortunado, aun al enemigo. Claramente, el Samaritano que ignora todas las fronteras asentadas por la sociedad y la religión, que trata como igual a alguien a quien tiene todas las razones para despreciar y odiar, que ni se alegra ni ignora la desgracia de este miembro de la clase opresora, es la imagen de alguien que, siendo divino, no consideró la divinidad como algo a qué aferrarse, sino que se anonadó a sí mismo para hacerse semejante a nosotros, nuestro igual (Fil. 2,5-7).

Jesús no vino a establecer una nueva religión con fronteras nuevas, nuevas pruebas variadas, un sistema de castas nuevas basado en el sexo, el poder o la riqueza. Vino a inaugurar un mundo nuevo, a darnos el poder para ser hijos de Dios a quienes creen en él a pesar del origen humano, del status social, del sexo, o de cualquier otro estigma que los hombres han creado para dividir la humanidad entre dominantes y oprimidos (Jn 1,12-13). Este es el nuevo mundo que los religiosos aspiran a crear con su estilo de vida, el discipulado de iguales en que no hay judío o gentil, esclavo o libre, hombre o mujer, podemos agregar; reyes o pueblo, ricos o pobres, clérigos o laicos, negros o blancos, hetero u homosexuales. Por los votos perpetuos de celibato consagrado, pobreza evangélica y obediencia profética, establecen un mundo alternativo que viven sobre la base de 24 horas al día, siendo testigos contra la versión de una raza humana dividida sin esperanzas, del Príncipe de este Mundo, a un pueblo cuya esperanza brota de la Resurrección porque es posible el *shalom* universal en el Reino de Dios. Tratan de anunciar en cada cultura y en toda época que el Salvador del Mundo ha venido para que todos tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10, 10).

**Fuente (26/02/2012):**

[http://www.tlatlalchipahua.maristas.edu.mx/24\\_5.htm](http://www.tlatlalchipahua.maristas.edu.mx/24_5.htm)